

XI Jornadas de Sociología de la UNLP

5,6 y 7 de diciembre 2022

Vivir la precariedad: trabajo y salud en varones adultos de clase popular del Conurbano bonaerense

Betina Freidin (IGG-UBA-CONICET), Matías Ballesteros (IGG-UBA-CONICET), Agustín Wilner (IGG-UBA-CONICET) y Josefina Roques (IIGG-UBA)

Introducción, objetivos y metodología

En Argentina gran parte de los asalariados trabaja en condiciones de precariedad laboral, a los que se suman los cuentapropistas informales con ingresos de subsistencia o pobreza y sin la protección de la seguridad social. Investigaciones cuantitativas sobre desigualdades sociales en salud documentan las desventajas para la salud de quienes desempeñan trabajos manuales, no calificados y precarios, por la menor capacidad económica y de disponibilidad de tiempo para acceder a consultas médicas y desarrollar prácticas de autocuidado. También se documentan los malestares psicosociales, accidentes laborales, lesiones, dolencias y enfermedades asociadas con condiciones y el medio ambiente de trabajo desfavorables. En el contexto latinoamericano y nacional, el concepto de trabajo precario es amplio y multidimensional; abarca modalidades de inserción laboral que tienen en común condiciones de inseguridad económica e inestabilidad, y afectan negativamente las relaciones de trabajo, la subjetividad y la calidad de vida. No necesariamente constituyen empleos no registrados, pero los incluyen. En este sentido, se destaca que en Argentina las características de la inserción laboral, y principalmente la formalidad-informalidad, condicionan el tipo de cobertura de salud que se posee y, consecuentemente el acceso a los servicios de salud.

En esta ponencia analizamos los vínculos entre trabajo y salud a partir de las experiencias laborales de un grupo de varones adultos que viven en un barrio de clase popular del conurbano de bonaerense. Realizamos las entrevistas presenciales entre abril y agosto de 2022 en el marco del Proyecto UBACyT 20020170100024 y Proyecto PICT 1391. Presentamos aquí un avance de los resultados, a partir del análisis temático de las transcripciones completas, mediante síntesis de los casos, memos analíticos y matrices cualitativas. Los entrevistados tienen entre 28 y 67 años y solamente uno de ellos concluyó la escuela secundaria. En el siguiente cuadro, sintetizamos los casos. Los nombres son ficticios y omitimos detalles personales, de terceras personas y del barrio para preservar el anonimato.

	Hogar	Educación/ oficios	Trabajo actual	Pandemia
Martín 28 años	Vive solo, no tiene hijos, vivienda propia en terreno familiar compartido.	Secundario incompleto. Curso de electricista y soldadura	Reparte reses, desposta y atiende público en carnicería. Sobrecarga horaria y pluriempleo. Asalariado no registrado en sector microinformal	Continuidad, actividad esencial. Debíó ayudar económicamente a padres
Pedro 34 años	Vive con padres y hermana, vivienda propia en terreno familiar compartido	Secundario completo. Curso de panadería.	Recibe plan potenciar trabajo y trabaja en comedor barrial. Es monotributista social	Comienza el trabajo en comedor en 2020 (miedo al contagio, chicos sin barbijo)
Diego 34 años	Vive con padres, sin hijos, vivienda propia en terreno familiar compartido	Secundario incompleto. Curso de carpintería	Ayudante de construcción y reparación de piletas, para conocido. Asalariado intermitente no registrado en sector microinformal. Intercala con trabajo en cuadrillas de obra pública	Trabajo discontinuado por ASPO y DISPO:
Enrique 42 años	Vive con esposa y 3 hijas, vivienda propia en terreno familiar compartido	Secundario incompleto. Cocinero, aprendió el oficio en el trabajo	Cocina pan, facturas y pastelería en panadería. Asalariado no registrado en sector microinformal	Pierde trabajo registrado como cocinero en restaurant. Hace changas de albañilería y jardinería hasta que lo tomaron en la panadería. Cobró IFE, mujer no trabaja
Alberto 44 años	Vive con hijo en casa que funciona como espacio para jóvenes, como cuidador. 2 hijas que no viven con él	Primario completo (finalizó en escuela nocturna)	Trabaja como albañil cuenta propia y ocasionalmente para contratistas. Cuenta propia manual semi calificado	Queda varado 5 meses en Paraguay. Luego trabajo muy "parado" por ASPO. No cobró IFE. Ayudaron vecinos y amigos.
Osvaldo 45 años	Vive con esposa, dos hijos, un nieto bebé y nuera, vivienda propia en terreno familiar compartido	Primario completo	Trabaja en carnicería, atención al público. Asalariado no registrado en sector microinformal. Cobra pensión por discapacidad (le amputaron pierna), resto de empleados registrados	Trabaja medio día, atienden con protocolo, cobra mismo sueldo. Esposa, empleada en casa particular, pierde trabajo
Felipe 49 años	Vive con esposa y 5 hijos, vivienda propia en terreno propio	Primario incompleto	Chofer de grúa municipal para acarreo de autos. Asalariado registrado estable semi calificado, tercerizado y precarizado (falta de aportes a la seguridad social)	Continuó trabajando, en turno nocturno
Nicolás 54 años	Vive con mujer e hijo discapacitado, vivienda social en terreno propio	Primario completo	Remisero, con vecinos del barrio, desde despido en 2011 de taller de bobinados. Cuenta-propia de subsistencia, trabajo informal con ingreso inestable, sobrecarga horaria	No puede trabajar por ser grupo de riesgo y luego por enfermedad aguda con internación y recuperación prolongada. Esposa pierde parte de trabajos como empleada de casas particulares. No cobró IFE
Samuel 61 años	Vive con esposa y dos hijos, vivienda propia en terreno familiar compartido	Secundario incompleto. Aprendió oficios trabajando en distintos empleos fabriles	Trabaja como herrero cuenta propia y ocasionalmente con amigo. Hace trabajos ocasionales de electricidad y albañilería. Además recibe plan potenciar trabajo para realizar tareas para municipalidad (ejemplo barrendero). Cuenta propia manual calificado	En pandemia elabora y vende portamacetas. Continuó cobrando potenciar trabajo. Esposa e hijos continúan con trabajos.
Guillermo 67 años	Vive solo, en vivienda propia.. Dos hijos viven en el mismo terreno	Primaria completa	Jubilado (jubilación mínima por falta de aportes patronales) desde 2021 Trabaja como maestro parrillero los fines de semana y feriados. Asalariado no registrado	Varios meses sin trabajar. No se había jubilado aún y no cobró IFE. Lo ayudaron hijos y vecinos.

Economía y mercado de trabajo en Argentina 1980-2022

Las condiciones en las que los entrevistados desarrollaron sus experiencias laborales están marcadas por las reiteradas crisis y cambiantes condiciones macroeconómicas del país. Un claro indicador de la irregularidad en los ciclos económicos de Argentina es que en un tercio de los últimos 60 años ha habido una disminución en el PBI (y en 9 de los 21

años que van del siglo XXI) (Lindemboim, 2022: 30-31). La mayoría de los entrevistados se insertaron en mercado laboral luego de un cambio en el modelo de acumulación (basado en la valorización financiera en reemplazo de la industrialización sustitutiva de importaciones) comenzado por la dictadura militar (1976-1983) y profundizado en la década del 90. Las principales políticas incluyeron la apertura comercial y la liberalización, la desindustrialización de la economía y la “flexibilización” de las relaciones laborales. Estas medidas tuvieron efectos regresivos en el mercado de trabajo y en la estructura social, con el aumento del desempleo y la informalidad, la caída del salario real y la inestabilidad laboral, que afectó principalmente a los trabajadores de menor nivel educativo y más jóvenes (Beccaria, 2003). Crecieron los empleos de clase media calificados, profesionales y técnicos y los de sectores populares poco calificados o marginales, y decrecieron fuertemente los intermedios (Benza, 2016, p. 116-117). Este modelo entró en crisis hacia fines de los años 90 y estalló en 2001 y 2002. Entre 2003 y 2015 se abrió un período de importantes cambios en la política económica, con un crecimiento económico a tasas elevadas hasta 2008, más moderado entre 2009 y 2011 y con un estancamiento entre 2012 y 2015 (Manzanelli y Basualdo, 2016). En el mercado de trabajo se generó un descenso de la tasa de desocupación y un proceso de asalarización que implicó un aumento absoluto y relativo de los asalariados sobre el total de los ocupados y un descenso relativo del cuentapropismo. Se incrementó el trabajo registrado y aumentó el ingreso real de los asalariados. Además, aumentaron en términos relativos los empleos de clase media y trabajadora manual calificada, al tiempo que disminuyó el peso de los manuales no calificados (Dalle, 2012; Benza, 2016). Sin embargo, persistieron altos niveles de desigualdad en la distribución de los ingresos e importantes sectores de la población con trabajos precarios, de baja productividad, sin aportes a la seguridad social y en condiciones de pobreza; se mantuvieron también las desigualdades entre los asalariados no registrados y los registrados (Dalle, 2012).

En el período 2016-2019 se generó una apertura comercial, una liberalización financiera y de capital y una reprimarización de la estructura productiva. En marzo de 2018 comienza una crisis que genera la caída del PBI y una fuerte devaluación de la moneda nacional, un importante aumento del endeudamiento externo y una aceleración de la escalada inflacionaria (Pastrana y Trajtemberg, 2020). Si bien la caída del PBI fue moderada (2,6% en 2018 y 2% en 2019), la devaluación y la inflación¹ fueron muy

¹ La inflación pasó del 23,3% en 2017 al 51,2% en 2019 (Poy y Pla, 2022: 20).

pronunciadas, generando una caída muy significativa de los ingresos reales de gran parte de la población (Dvoskin, 2022: 70). Con relación al mercado de trabajo, se produjo una importante caída del salario real, más marcadamente en el sector micro-informal (Donza et al, 2019) y entre los trabajadores no registrados (Dvoskin, 2022: 71), un incremento del desempleo y subempleo (Lindemboim, 2022), que afectó principalmente a los jóvenes (Ernst y López Mourelo, 2020) y la precarización laboral (aumento de la proporción del trabajo no registrado e incremento del peso relativo de los cuentapropistas, monotributistas sociales y de empleadas domésticas en detrimento del trabajo asalariado) (Pastrana y Trajtemberg, 2020; González 2022). Entre 2018 y 2019 la tasa de pobreza por ingresos aumentó 10 puntos porcentuales, pasando de 25,3% a 35,5% (Poy, 2022: 82).

Con la irrupción de la pandemia Covid-19, en marzo de 2020 el gobierno nacional decretó el “Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio” (ASPO), que implicó la prohibición de circulación y el cierre de todas las actividades no consideradas “esenciales”. En junio se implementó el “Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio” que implicó la flexibilización de algunas de las restricciones del ASPO en algunas regiones del país. Recién en noviembre del 2020 se implementó en todo el país. Para mitigar los efectos de la crisis, el gobierno nacional impulsó una serie de medidas tendientes fundamentalmente a mantener las fuentes de trabajo y los ingresos, así como evitar el cierre de empresas (Elbert et al., 2022). Siguiendo a Poy y Pla (2022: 20) las mismas pueden agruparse en medidas de protección social (las principales fueron el ingreso familiar de emergencia (IFE)² y el refuerzo a programas alimentarios, planes sociales y la Asignación Universal por Hijo), medidas productivas y laborales (se destacan la prohibición de despidos, el programa Asistencia de Emergencia al Trabajo y la Producción³ y créditos para el pago de salario y para trabajadores independientes) y otras medidas económicas (como la suspensión del corte de servicios públicos por falta de pago, el congelamiento de alquileres y la prohibición de desalojos). El conjunto de políticas de protección a los distintos sectores sociales y productivos alcanzaron el 5,6%

² Transferencia directa de 10.000 pesos (150 dólares al cambio oficial) a trabajadores desocupados, no registrados, de casas particulares e independientes de bajos recursos, que en una primera etapa abarcó a 2,4 millones de personas, en una segunda a 5,5 millones y en una tercera a 9 millones (ANSES, 2020, citado en Poy y Pla, 2022: 21).

³ A las empresas afectadas se les redujo y pospuso el pago de cargas sociales, y se les cubrió el salario de sus empleados con un tope de dos salarios mínimos, alcanzando al 37% del trabajo asalariado registrado privado (Elbert et al., 2022: 11).

del PBI durante el 2020, pero no alcanzaron para detener la contracción económica, la destrucción de puestos de trabajo y el aumento de la pobreza (Donza, 2022: 59).

La caída del empleo fue similar a la de otros países de Latinoamérica, aunque lo distintivo de Argentina estuvo en el elevado aumento de la tasa de inactividad más que el desempleo, provocado por el desaliento a participar en el mercado de trabajo (Lindemboim, 2022: 33). El impacto más grande fue en el segundo y tercer trimestre de 2020, donde la tasa de actividad cayó 8 puntos porcentuales, perdiéndose más 2,5 millones de puestos de trabajo (Poy y Pla, 2022: 19), mientras que la desocupación pasó del 10,4% al 13,1% entre el primer y segundo trimestre. Se destaca que los trabajos precarios (Donza, 2022) y en particular aquellos no registrados fueron los más afectados, de forma tal que los mismos se redujeron un 44% en el segundo trimestre del 2020, mientras que los registrados se vieron poco afectados (González, 2022: 41). Ello da cuenta de las limitaciones que tuvieron las políticas públicas implementadas para contener los despidos del empleo informal (Elbert et al., 2022). Las posibilidades de perder el empleo y de pasar a la inactividad en el 2020 fueron mayores entre los trabajadores precarizados (Donza, 2022) y entre los residentes en el Gran Buenos Aires (Pol et al., 2022). También hubo una importante disminución de los trabajos cuenta propia, con un descenso más pronunciado entre los que se encontraban en condiciones más precarizadas por ser los más afectados por la pandemia y las restricciones impuestas por el gobierno (Donza, 2022: 62). Por último, si bien la inflación mermó, continuó con valores elevados (36,1% en 2020) y fue mayor que el incremento de los salarios que cayeron por tercer año consecutivo (González, 2022: 41). En este marco, la población en condiciones de pobreza monetaria alcanzó el 42% en el segundo semestre de 2020 (Poy, 2022: 83).

Con la recuperación económica en el año 2021, volvieron a crecer los empleos, principalmente los de baja calidad (Lindemboim, 2022) y no registrados, que eran los que se habían destruido en el 2020 (González, 2022: 41), produciendo la tasa de empleo más alta en los últimos 10 años (Poy, 2022: 84). También volvió a crecer el ritmo inflacionario (50,9% en 2021). En este marco, mientras los trabajadores registrados (públicos y privados) lograron incrementar sus ingresos por encima de la inflación en el 2021, lo que les permitió aumentar sus ingresos reales, los trabajadores no registrados volvieron a tener subas por debajo de la inflación generando un cuarto año consecutivo de caída en su salario real (Dvoskin, 2022: 72). Se destaca que si bien para el primer trimestre de 2022 la actividad económica alcanzó los niveles del último trimestre de 2019, los salarios reales continuaron muy por debajo (Dvoskin, 2022: 73; Donza, 2022:68-69), y la desigualdad,

la pobreza monetaria y la indigencia por encima⁴ (Poy, 2022; 82). Destacamos que los varones que entrevistamos tienen un nivel educativo bajo (solo uno terminó la secundaria) y residen en el conurbano de Buenos Aires. Ambas características se asocian con mayores niveles de desocupación, empleos informales y más precarizados, actividades manuales de baja calificación y peor remuneradas, y con la pobreza (Benza, 2016; Donza et al., 2019). A su vez, los trabajadores con empleos precarios, con bajas calificaciones y residentes en conurbano bonaerense, se encuentran entre quienes más vieron afectados sus trabajos y sus ingresos durante la pandemia.

Trabajos precarios y salud

Las formas históricas que asume el proceso de trabajo incluyen las condiciones y estándares bajo los cuales los trabajadores llevan adelante su actividad, que pueden ser beneficiosos o perjudiciales para la salud psicofísica. Las condiciones y el medio ambiente de trabajo (CyMAT) refieren a los factores socio-técnicos y organizacionales del proceso de producción de un establecimiento particular, y a los factores de riesgo del ambiente de trabajo, incluyendo el social, las exigencias, requerimientos y limitaciones de cada puesto y la carga global de trabajo (Giraudó et al, 2003). Las condiciones de trabajo están determinadas por fuerzas políticas, económicas y sociales que influyen sobre los patrones de empleo y de trabajo e impactan en la seguridad y salud de los trabajadores; mientras que las experiencias biográficas de precariedad laboral están moldeadas por historias de exclusión y marginación a lo largo del ciclo de vida (Sorensen et al., 2021).

En el caso de Argentina, al igual que otros países de Latinoamérica, su patrón de desarrollo está caracterizado por una “heterogeneidad estructural” que implica la coexistencia de sectores de productividad muy diferenciados, así como la incapacidad de los sectores de mayor productividad de generar empleo para el conjunto de los trabajadores (Salvia et al., 2018). Este patrón genera una “heterogeneidad ocupacional” a partir de la segmentación de los mercados de trabajo, produciendo condiciones laborales muy diferentes en términos de productividad, calidad e ingresos dependiendo del sector de inserción (Salvia et al., 2018; Poy y Pla, 2022). Parte de la población que no puede insertarse en los sectores económicos más dinámicos, debe trabajar en el sector

⁴ En el segundo semestre de 2021 la tasa de indigencia alcanzó al 8,2% de la población y la de pobreza al 37,3% (Poy, 2022: 83).

“informal” o “micro informal” que no es parte de la dinámica de acumulación dominante del país, conformado por “una serie de actividades económicas de subsistencia, intensivas en mano de obra, tecnológicamente rezagadas y, por lo tanto, con muy baja capacidad de integración al resto de los sectores” (Salvia et al., 2018: 115-116). Se incluyen aquí a las microunidades económicas de baja productividad, a las actividades de autoempleo de baja calificación y a las actividades informales de subsistencia (Poy y Pla, 2022: 15) que por lo general se encuentran en situaciones de “extralegalidad” (Salvia et al, 2018). Desde esta perspectiva, el nivel de productividad de las unidades económicas condiciona las características de los trabajos generados. El sector microinformal se caracteriza por la generación de empleos no registrados (o informales) y precarios (Salvia et al., 2018).

Cabe señalar que el concepto de precariedad incluye a la informalidad (en tanto falta de regulaciones laborales) pero no son sinónimos. Siguiendo a Benach et al. (2014), *“la precariedad laboral es un fenómeno multidimensional definido como “un continuo de condiciones de empleo que varían desde el gold standard del trabajo a tiempo completo y estable, con una buena compensación monetaria y con un contrato de empleo con protección social hasta el extremo opuesto de un alto grado de precariedad en diferentes aspectos en la relación de empleo”* (p. 230). Los trabajadores precarios tienen una mayor exposición a CyMAT perjudiciales para su salud psicofísica: cargas de trabajo físicamente exigentes, exposición a sustancias y ambientes tóxicos, menor acceso a equipos de protección, falta de capacitación sobre riesgos laborales, bajo control del proceso de trabajo, menor apoyo social en sus relaciones con superiores y compañeros, y mayor intensidad de trabajo (Benach et al., 2014). La precariedad laboral refuerza la vulnerabilidad socioeconómica de las personas y los hogares en la medida en que implica ingresos insuficientes, inestabilidad e intermitencia (Longo y Busso, 2017; Sorensen et al., 2021). Las condiciones precarias de inserción laboral tienen un efecto subjetivo sobre los trabajadores dificultando la integración social e incrementando el sentimiento de desprotección (Neffa et al., 2010; Sorensen et al. 2021). En este sentido, la precariedad tiene consecuencias en las identidades de los trabajadores (Longo y Busso, 2017). Los trabajos precarios afectan la perspectiva temporal de las personas, limitando el control de la vida diaria y la capacidad de planificación para la vida personal y familiar, así como la capacidad de subsistencia en el largo plazo (Benach et al, 2014; Fieulaine y Apostolidis, 2015; Whittle et al., 2020). Por todas estas consecuencias negativas se considera a la precariedad laboral como un determinante social de la salud.

Las dimensiones temporales y espaciales del trabajo, a su vez, pueden ser entendidas como mediadoras entre la posición social y la salud. La jornada laboral extendida, producto de la autoexplotación o de las exigencias del empleador, genera fatiga psicofísica y pobreza de tiempo personal (*time poverty*), limitando las posibilidades de cuidado de la salud, la recreación y el descanso (Strazdins et al, 2015; Venn y Strazdins, 2016; Sorensen et al., 2021; Ballesteros et al., 2017). El tiempo de traslado al trabajo también influye en el desgaste psicofísico. Estas desventajas, sumadas a factores socio-ambientales adversos de los barrios vulnerables (Diez Roux y Mair, 2010), no sólo se relacionan con peores estados de salud objetivos y autoreferidos sino que constriñen la conformación de hábitos de cuidado con efectos perjudiciales acumulativos a lo largo de la vida (Willson et al., 2007; Johnson, 2009; Sorensen et al., 2021). Sintetizando, los rasgos de precariedad de los trabajos a los que acceden en mayor medida las clases populares impactan en su vida cotidiana y sus posibilidades de proyección en el mediano y largo plazo, reforzando una orientación temporal hacia el presente, marcada por la inestabilidad laboral y la falta de recursos que repercuten en la salud psicofísica. Investigaciones realizadas con encuestas en Argentina documentan las desventajas para la salud de quienes desempeñan trabajos manuales, no calificados y precarios, por la menor capacidad económica y de disponibilidad de tiempo para acceder a consultas médicas y desarrollar prácticas protectoras de la salud (Jorrat et al., 2008; Ballesteros, 2014; Ballesteros et al., 2020; Freidin et al., 2022; Rodríguez Espínola, 2019). También se documentan los malestares psicosociales, accidentes laborales, lesiones, dolencias y enfermedades asociadas con CyMAT desfavorables (Amable et al., 2014; Del Águila, 2017; Delmonte Allasia, 2018; entre otros). Salvia et al. (2008), por su parte, muestran cómo las situaciones de inestabilidad laboral favorecen el desarrollo de malestar psicológico, la carencia de control y el empobrecimiento de los proyectos personales.

Vivencias de precariedad laboral en varones de clase popular: vulnerabilidades, riesgos, y vínculos laborales informales

Las experiencias de asalariados registrados y no registrados

Los entrevistados trabajan mayormente como asalariados informales en tareas de baja calificación y gran exigencia física, y en varios casos con una gran carga horaria diaria y semanal. Analizamos a continuación la situación laboral actual de los entrevistados y la relación con la salud. Nos focalizamos en las características de su inserción laboral, si

reciben aportes de la seguridad social, qué rasgos de precariedad presentan, y los riesgos que presenta su actividad laboral. También consideramos la exigencia física de su actividad laboral, qué hacen frente a malestares y si pueden ir al médico sin perder el día.

Comenzamos con el único entrevistado que tiene un empleo asalariado registrado. A Felipe (49 años, cinco de sus seis hijos viven con él y su esposa, dos hijas tienen retraso madurativo) le gustaría poder liberar tiempo de trabajo para ocuparse más de su salud. A su turno diario de doce horas como chofer de grúa de acarreo de autos por infracciones en la vía pública, con un solo día de franco semanal, se agrega el tiempo de cuidado de sus hijos junto a su esposa. Se levanta a las 6 am y se acuesta a las 12 am. Si bien es uno de los entrevistados que presenta una de las mejores situaciones laborales, incluso él sufre la precarización en su trabajo. No solo su contratación es tercerizada por el municipio, sino que la empresa hace 6 meses dejó de hacer los aportes de la seguridad social. Por la discontinuación del pago de los aportes sindicales, también le dieron de baja la obra social, y dejó de cobrar el salario familiar. La merma en los ingresos en un contexto de alta inflación implicó que Felipe y su familia deban recortar gastos alimentarios y recreativos: *“Y, tuvimos que empezar a achicar gastos, viste. El tema de salida con los chicos, el tema de pedir comida así delivery, viste. Achicar un poco”*. Frente a esta situación, junto con otros 10 trabajadores y el respaldo del gremio, iniciaron un juicio contra la empresa para regularizar la situación: *“están haciendo denuncias, que va a ir a la AFIP, están yendo al Ministerio de Trabajo a ver si pueden arreglar todo ese tema”*.

Su trabajo es altamente estresante, *“la gente no entiende que vos estás trabajando, que a vos te llaman y vos tenés que ir a levantarle el auto. Es el inspector el que te manda a levantar el auto, no somos nosotros. ... Y se la agarran con vos, te putean, te quieren pegar, todo”*. Además los turnos nocturnos, como los que le tocaron hacer en pandemia, le perjudicaron la visión, *“yo perdí mucho el tema de la visión trabajando de noche, el tema de que te encandilan y todo eso. Yo me hice ver con un médico y me dijo que tenía la retina débil por el tema de que me afecta mucho el tema de la luz y eso”*. El sedentarismo de su trabajo además favoreció la aparición de várices en las piernas y el sobrepeso. Por falta de tiempo posterga la visita al oculista para controles, y dejó de hacer actividad física. En conjunto, las CyMAT de su actividad no favorecen su salud. A sus problemas de salud se suma la discontinuación de la obra social por falta de aportes, aumentando su vulnerabilidad y recursos para el cuidado. Sin tiempo libre para destinar al cuidado de su salud añora cuando disponía de tiempo personal y energía física para hacer deporte y socializar con amigos: *“antes iba mucho a pescar, iba mucho a jugar al*

fútbol, pero ahora ya... Iba a un montón de lados (...). [Ahora] quiero llegar a mi casa y pegarme un baño y quedarme sentado mirando la tele, olvidate”.

Martín trabaja desde hace ocho años en una carnicería desde las 4 am hasta las 2 pm en una localidad cercana. Hasta las 8 de la mañana reparte medias reses y luego, hasta las 2 pm, desposta, hace preparados y despacha en el mostrador. A veces se queda haciendo horas extra. Además, tres veces por semana por la tarde agrega a su rutina de trabajo la “changa” de despostar en una carnicería del barrio. Esta estrategia de sobrecarga horaria y changas para maximizar ingresos le demanda un gran esfuerzo físico. El peso que carga le trae dolores de espalda y en las piernas que él trata de contrarrestar, por indicación médica, yendo caminando al trabajo. Si bien comenta que con el tiempo se aprenden los trucos para que la carga no perjudique tanto al cuerpo, las molestias son constantes aunque se normalizan por necesidad, “y le seguimos dando y ahí estamos”:

Sí, porque llega un tiempo que es normal que te duela porque estás forzando el cuerpo a un nivel que... Pero me pasó porque recién arrancaba en ese tema, viste. Entonces más o menos hasta que el cuerpo... bueno, ya está, hasta que más o menos me acostumbré eran unos dolores que no... (...)todo tiene una maña. A lo primero me moría haciendo fuerza, y hoy vos decís son ciento setenta kilos y lo llevás como si fuera que llevás un paquete de galletitas. Pero es la maña que... como todos los trabajos, tiene alguna maña y más o menos ya la llevamos así”.

El uso de una faja para proteger la zona lumbar cuando reparte las reses no es de gran ayuda, “si no te lastima la espalda te hace bolsa los riñones, porque vos te estás apretando acá y te estás metiendo cien kilos en la espalda, entonces quedás apretado como un chanco, y no sé si me beneficia o me perjudica”, y, por lo tanto, son las mañas aprendidas de como acomodar el cuerpo para la carga lo que puede ser de ayuda para dañarlo menos. A ello se suma el trabajo de desposte, que por los controles municipales se tiene que hacer dentro de la cámara de frío con una temperatura de 14 grados bajo cero, condición de trabajo en la que “gana el dueño y yo pierdo en salud”. Si bien para Martín se trata de un trabajo “malo de entrada” para la salud, la cantidad de horas trabajadas le permite tener capacidad de ahorro para ir terminando su casa en un terreno familiar. Siendo joven y no teniendo hijos, por su horario de trabajo incluso resalta que tiene tardes “libres” para avanzar él mismo con los arreglos de la casa trabajando hasta las 10 u 11 de la noche. Sin contar con estudios secundarios, y habiendo empezado a trabajar a los 13 años, Lucas se ha ido calificando en oficios (electricidad y soldadura) para en el futuro poder tener un mejor trabajo y menos desgastante para el cuerpo, pero también para tener más herramientas para “poder pelear el día a día”, si pierde su trabajo actual. Su trabajo

no se vio afectado por la pandemia, al ser una actividad esencial. Sin embargo, tuvo que ayudar económicamente a sus padres que por su edad estaban entre los grupos de riesgo y se vieron afectados laboralmente, lo que limitó su capacidad de ahorro para su vivienda.

Enrique, tiene 42 años y vive con su esposa y tres hijas menores en una casa que también construyó en un terreno familiar y que aún no pudo terminar. Él tenía un buen trabajo, que pese a tener un ritmo muy intenso, disfrutaba por la tarea en sí y por el buen clima laboral. Era cocinero en un bar y restaurante, trabajo que perdió luego de varios años tras una enfermedad terminal del dueño que coincidió con el inicio de la pandemia y el cierre temporal del local. La indemnización, producto de un arreglo informal, le alcanzó para adelantar algunos arreglos en la casa, pero sin capacidad de ahorro tuvo que hacer changas de jardinería y albañilería para subsistir en un momento en el que el trabajo informal se vio muy afectado. Luego de unos meses consiguió un empleo como ayudante de panadero y pastelero. Su ritmo de trabajo actual es agotador, trabaja en un turno desde las 3 am hasta las 11 am, y hace horas extras hasta las 3 pm para poder mejorar un poco el ingreso. Trabajando 12 hs diarias de lunes a lunes con un solo franco semanal apenas logra cubrir los gastos del hogar (la mujer dejó de trabajar para cuidar a las hijas), está endeudado, y sin capacidad de ahorro sigue postergando la terminación de la casa. Aunque este trabajo es agotador, le resulta más conveniente que hacer changas ocasionales por la continuidad del ingreso. Con muy pocas horas de sueño (se acuesta a las 12pm y se levanta a las 2:30 am, luego de ayudar a la mujer con las tareas domésticas y de cuidado de las hijas), diariamente tiene jornadas de trabajo que definió como “*hacha y tiza*”, es decir, que requieren un ritmo constante, incluso salteando comidas, y ponerle entusiasmo, “*en el trabajo es hacha y tiza desde que entro hasta que salgo. A veces no almuerzo, la mayoría de los días, porque no hago a tiempo y porque si me pongo a almorzar en vez de salir a las tres salgo a las cuatro, cuatro y media*”.

La necesidad económica y la responsabilidad como principal y único proveedor del hogar no le dejan alternativa y el costo de vida en un contexto altamente inflacionario restringe las posibilidades de progreso material de la familia. Por estar tantas horas parado en el trabajo tiene dolor crónico de piernas pero se lo aguanta porque si falta al trabajo no cobra el jornal y corre el riesgo de que lo despidan; entonces se automedica con analgésicos de venta libre que, de tomarse con continuidad y sin indicación médica, pueden tener efectos adversos serios. Su agotamiento es tal que cuando llega a la casa, luego de ir a buscar a las hijas al colegio junto con la esposa, a veces se queda dormido sentado mientras toma mate. Sí busca tener cierto margen de agencia temporal el fin de

semana; evita hacer las horas extra para poder tener algo de tiempo recreativo con la familia, “trato de que el fin de semana que, ponele, en mi trabajo, sea el día más tranquilo para mí. Trato de terminar todo y quiero irme a las once de la mañana, me quiero ir para yo venir acá a mi casa, no sé, con mi mujer vamos a la plaza a tomar algo, como compartir un poco, sentarme, mirar el río, tomando un mate, algo”. Al cansancio y a los dolores musculares se suma la gran vulnerabilidad laboral por su trabajo precario. Bajos e insuficientes ingresos, uso intensivo del cuerpo y pobreza de tiempo le generan estrés crónico, “como que yo vivo muy acelerado o el ritmo mío es muy a pleno. Siempre tengo que estar saliendo corriendo para todos lados”; y aunque hasta el momento no ha tenido episodios de enfermedad graves, siendo un hombre de mediana edad sin condiciones de salud crónicas, vivir estresado pone en riesgo su salud en el mediano y largo plazo:

Enrique-: por suerte mucho no me agarran así como enfermedades que me tengo que quedar internado o cosas así. Lo mío más que nada siempre es muscular, o estrés, o acá el cuello (...)

Betina- ¿Y cuando decís estresado qué querés decir?

Enrique- Y... ponele, porque yo es como que tengo un par de cosas que terminar en mi casa y las quiero terminar ya, y a veces no se puede, hay que esperar. Ahora tengo que hacer un contrapiso, le arreglé una pérdida de agua que había en el patio, y tengo la arena, tengo el cemento, y ahora me falta la plata para el albañil. Y ya me pone eso mal porque hace más de un mes que no puedo juntar la plata. Me sale quince mil pesos el albañil, tampoco es tanto, pero hay que tenerlo”.

Por falta de tiempo y de dinero posterga ir al dentista lo cual también va deteriorando su salud; cuando logra juntar la plata siempre surge otra prioridad para usar el ahorro. Cabe aclarar que los turnos de odontología para adultos en los servicios públicos del municipio (CAPS y hospital odontológico) son muy escasos y requieren largos tiempos de espera, todo ello agravado durante el primer año de la pandemia (Freidin at al., 2022), por lo que de pagar consultas y tratamientos de bolsillo cuando no se tiene cobertura de obra social termina siendo en la práctica la opción más rápida:

Agustín- ¿Y te parece que tenés tiempo para ocuparte de tu salud?

Enrique- No, no. Hace muchos años que estoy dejando el tema del dentista y no voy. Siempre por algo... cuando junto unos mangos para ir al dentista surge algo y lo dejo de lado, porque...

Betina- ¿Y tenés algo pendiente de arreglos?

Enrique- Sí, sí.

Betina- ¿Cuánto hace que no vas, te acordás?

Enrique- Uf, mucho. (...) Siempre digo: «Con el aguinaldo voy a ir, con el aguinaldo voy a ir». Siempre pasa algo.

Nuevamente recurre a la automedicación (analgésicos y antibióticos) ante la imposibilidad económica y temporal de hacer la consulta odontológica. Aun con la intensidad de la jornada laboral y el ritmo de trabajo semanal su sueldo solo le alcanza para cubrir las necesidades básicas de su hogar. El quisiera poder darles un mejor futuro a sus hijas y apuesta a las credenciales educativas para que no tengan que “mulear” como lo hace él con una sobrecarga laboral y un empleo precario, con los costos para la salud y el bienestar que implica, “*desde el día que nacieron mis hijas ya dejé de pensar en mí y pienso más en darles capaz cosas que yo no pude tener cuando era chico*”. Tras perder su empleo en el restaurante en los inicios de la pandemia tuvo que cambiar a las hijas a la escuela pública postergando el proyecto familiar, “*Bueno, ahora ya no [van a escuela privada], porque este gobierno me complicó bastante, la economía, el peso que no tiene valor, cuesta mucho ganarlo, un kilo de milanesas vale más de mil pesos. Y bueno, yo cobro tres mil pesos, compro para el mediodía, para la noche, y ya está, mucho más no... Por eso es que me quedo haciendo horas extras*”. Cuando hacia el final de la entrevista le preguntamos qué le gustaría poder hacer para cuidar su salud, él no dudó que contestarnos: trabajar menos y que el sueldo le alcance para una mejor calidad de vida,

Enrique- Y, me gustaría tener más tiempo para mí y menos horas de trabajo y que la plata me alcance. La verdad que yo me mato laburando porque la plata no me alcanza, porque si no me gustaría trabajar ocho horas y decir: «Bueno, con esto me alcanza para vivir».

Betina- Eso ya te ayudaría a cuidar tu salud, trabajar menos.

Enrique- Y sí, sí, porque sería una mochila que me saco de encima.

Betina- Sí, la responsabilidad ahora cae toda sobre vos.

Enrique- Sí, sí, sí. Es más, me gustaría entrar a las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, listo, entonces duermo un par de horitas más. Es más fácil viajar también.

Con mejores condiciones de trabajo e ingresos ganaría no sólo en tranquilidad económica; también recuperaría tiempo libre para realizar actividades físicas beneficiosas para su salud, y que disfrutaba y compartía con amigos,

Yo antes [cuando trabajaba en el restaurante) hacía taekwondo, hacía karate, jugaba dos o tres veces por semana al fútbol, que ahora ya hace como dos años que no juego al fútbol. Ahora, ponele, quiero ir a jugar al fútbol y me cuesta un montón. (...) Jugar a la pelota me encantaba. Y taekwondo me gustaba mucho porque me sentía muy liviano, muy ágil. No para pelearme ni nada de eso, ¿no?, sino por la actividad física. Ahora me quiero poner una media y ah, (...) estoy reduro [hace el gesto que le cuesta agacharse].

Guillermo (67, separado, vive solo) complementa su jubilación mínima—producto del fraude de sus empleadores—con un trabajo en negro como maestro parrillero los fines de semana y feriados, para completar ingresos y poder ayudar a su hija que tiene un cáncer terminal. El trabajo, a un ritmo muy diferente y mucho más descansado que el que tenía en su edad activa cuando llegó a hacer doble turno y a veces se quedaba a dormir en el local por el tiempo de viaje hasta la casa, le sirve también para ocupar la mente, suspender preocupaciones por unas horas, y socializar. Se enteró de la estafa con sus aportes cuando hizo los trámites para la jubilación en 2020. Empezó su trabajo actual en marzo de 2020, pero se vio interrumpido por la pandemia, durante la cual no percibió ningún ingreso ni prestación estatal. La imposibilidad de trabajar y la falta de ingresos lo afectó anímicamente, perdió peso e incluso pensó que no iba a poder volver a trabajar por su edad. Sin capacidad de ahorro, subsistió al ASPO gracias al apoyo familiar y de vecinos.

En su conjunto, los empleos de los entrevistados requieren grandes esfuerzos físicos y jornadas de trabajo extensas. Sumadas a la desprotección, inestabilidad e inseguridad propias de las inserciones laborales precarias, con CyMAT que frecuentemente incrementan riesgos de accidentes. Sus trabajos no favorecen su salud y disminuyen sus capacidades de cuidado. En algunos casos, las restricciones monetarias limitan una alimentación adecuada, a las que se suman las restricciones temporales. Como señala Standing (2011), la precariedad laboral implica una existencia precaria, marcada por la vulnerabilidad, e incrementada en el contexto de la pandemia COVID-19. Asimismo, la precariedad laboral también afecta la perspectiva temporal de las personas y su capacidad de proyectar a futuro (Fieulaine y Apostolidis, 2015). Por ejemplo, los ingresos insuficientes de los trabajos de Martín y Enrique (a los que se suma la extendida jornada laboral, que los priva del tiempo para desarrollar proyectos personales) les impide terminar de construir sus viviendas. Si bien proyectan hacerlo en el futuro, no saben cuándo podrán hacerlo. Por el contrario, esperan una “mejora” coyuntural que les brinde los ingresos y tiempo. Aunque aquí intervienen aspectos macroestructurales, sus casos permiten ver cómo la interacción entre trabajos precarios y coyuntura impacta en la calidad de vida personal y familiar y en capacidad de agencia para concretar proyectos.

Empleos precarios y derechos: “ganarse” la confianza del empleador siendo buen trabajador

Las inserciones laborales precarias de los entrevistados implican que sientan que deben “ser responsable” y “cumplir” para ganarse derechos laborales directamente relacionados con la salud, como por ejemplo, poder ir al médico cuando se sienten mal sin perder el jornal. En este sentido, encontramos un componente moral e identitario en el trabajo precario que implica una autoexigencia para poder ser considerado un “buen trabajador”. En el caso de Enrique, la responsabilidad por el trabajo surge en un marco coercitivo y de una muy alta explotación, donde no cumplir las obligaciones implicaría la pérdida de la fuente laboral que consiguió hace un año y medio. Y cuando aún no se ha podido tomar vacaciones y tiene que pelear para que los feriados le paguen doble jornal. La vulnerabilidad laboral le trae consecuencias directas para su salud por la falta de descanso, el estrés por ingresos insuficientes y la automedicación para ir a trabajar diariamente a pesar del malestar físico: *“tengo como un grado de responsabilidad muy... no sé cómo te puedo decir. Voy a ir todo dolorido, hecho pelota pero voy a ir igual si no consigo a alguien que me pueda reemplazar (...). Porque un día que yo no voy no cobro”*.

En el caso de Martín, ser buen trabajador también es un valor que se construye a partir de la responsabilidad y el compromiso con la tarea, *“en todo lo que haga, quiero que sea así, que salga bien, para eso lo hago yo”*. “Cumpliendo” Martín se “gana” el derecho de tomarse un día, o de ir al médico durante la jornada de trabajo si se siente mal sin que le descuenten. Esta posibilidad se basa en la expectativa de reconocimiento como buen trabajador a partir de la relación laboral sostenida por años, y que le permite afirmarse ante el empleador, aunque no sea una situación exenta de conflicto: *“[le digo al dueño] mañana no tengo ganas de venir a trabajar, así que te dejé todo el trabajo listo para mañana, mañana no vengo (...) pero no le gusta nada”*. La expectativa de reciprocidad por parte del patrón reemplaza un derecho que estaría garantizado si se tratara de un vínculo laboral formal regulado legalmente. Martín explica que el dueño *“todo lo ve como que vos le querés sacar algo, como que vive a la defensiva”*, postura que produce conflictos al momento de tener que negociar individualmente derechos laborales: *“sabe que si me descuenta el día o algo es para que tengamos un roce, entonces también él lo evita, porque sabe que está equivocado”*. Así es que días antes de la entrevista, Martín no había ido a trabajar por estar con un cuadro febril y el dueño de la carnicería lo mandó al médico sin descontarle el día. Con esta situación nos muestra que su empleador tiene *“sentido común”*. Siguiendo a Wilkis (2014), la valoración de unas personas hacia otras se construye a partir de intercambios sostenidos, en los que el cumplimiento de obligaciones es un punto fundamental para lograr el reconocimiento

moral. Ser reconocido por el empleador como un trabajador responsable, en el marco de una inserción laboral precaria y no registrada, puede, como vimos, abrir la posibilidad de ganarse y negociar derechos por fuera de una relación contractual. Alcanzar el reconocimiento implica una temporalidad, en la que el trabajador demuestra su “valor” y se generan expectativas mutuas de obligaciones y derechos entre empleador y empleado. A pesar de esta reciprocidad peleada, Martín reconoce el riesgo que corre en su trabajo actual frente a algún accidente laboral sin tener ART: *“si te pasa un accidente, sinceramente te vas a tener que joder”*. En este sentido, una inserción laboral precaria e informal se relaciona con un mayor sentimiento de desprotección, riesgo y vulnerabilidad (Neffa et al., 2010). Y por la inestabilidad que conlleva, implica una menor capacidad de proyección y planificación en el largo plazo (Benach et al., 2014).

Cuentapropistas manuales precarios

Los cuentapropistas que entrevistamos tienen trabajos que implican distintas exigencias y formas de desgaste del cuerpo. Entre ellos está Alberto (44 años, separado, tres hijos), quien empezó a hacer *“trabajos de fuerza”* desde muy chico (terminó la escuela primaria para adultos). Trabajó muchos años como peón en la construcción, y fue aprendiendo el oficio de albañil de los supervisores y capataces cuando estuvo empleado en obras más grandes; luego de tener un empleo asalariado para una empresa fumigadora por varios años, hacía tres que había retomado el trabajo en la construcción por su cuenta o para algún contratista. Consigue la mayor parte de sus trabajos a partir del boca en boca, dando cuenta de la centralidad de su capital social para sostener su actividad laboral: *“En cualquier lado, porque tengo amigos y por ahí me tiran una persona y me dice: «Bueno, andá a verlo», y voy y lo veo”*. Combinando trabajos para los que lo contratan directamente, o trabajando para otros, busca no perder la continuidad en el trabajo. Si bien no es un oficio que le guste, valora no tener patrón y poder manejar su horario laboral, *“es lo que hay, no te digo que me guste. Me gusta y no me gusta al mismo tiempo. Trabajo como yo quiero y a la hora que yo quiero, yo pongo el horario. No me gusta laburar bajo patronos, viste, eso está bueno”*. Y aunque trabaja con un ayudante en el que delega las tareas más pesadas de albañilería, aun así el trabajo es físicamente agotador, *“cuando terminás [la jornada de 7 u 8 horas que arranca a las 7am] terminás hecho mierda”*. Para los dolores de espalda, si bien no ha hecho consultas médicas, prefiere no automedicarse y hacer estiramientos, aunque aclara que el cuerpo también va

acostumbrándose a las exigencias del oficio y va silenciando malestares. Igual que se acostumbra a los efectos del trabajo a la intemperie, especialmente en verano.

El primer año de la pandemia lo afectó mucho siendo que la construcción fue uno de los sectores más castigados durante el ASPO y con las medidas de distanciamientos social. Se sumó que trabajaba como voluntario de capacitaciones para una organización religiosa para la recuperación de adicciones, y se encontraba en un retiro en un país limítrofe cuando se cerraron las fronteras. Cuando pudo retornar al país, el trabajo en la construcción estaba parado y pudo subsistir por el apoyo de la iglesia y de amigos. *“no conseguía nada, no salía nada. Estuvo parado todo, todo lo que era obra estaba todo parado. Y la gente que tenía obra tomaba a la gente conocida. Hubo muchos lugares, muchos amigos míos que se quedaron sin trabajo, con la pandemia se quedaron sin trabajo. (...)Sí, de a poquito, o cosas que hacía, o amigos que me ayudaban. Así que les debo todo a mis amigos, porque en esta pandemia me ayudaron una banda”*. No cobró el IFE, porque habiendo estado fuera del país no estaba al tanto de los trámites que había que hacer para recibir la ayuda estatal. A través de la iglesia consiguió la casa donde vive sin pagar alquiler estando al cuidado de centro de día para chicos y adolescentes.

Nicolás (54 años, vive con su esposa y su hijo de 27 años con discapacidad) también es cuentapropista. Trabaja como remisero con vecinos del barrio. Lo hace desde 2011 con su auto, ya bastante viejo, naftero y sin aire acondicionado, cuando tras una lesión en el hombro lo despidieron del trabajo que realizaba como operario en blanco en un taller de bobinados. Tenía 43 años. Con la indemnización se compró el auto que es su capital de trabajo. Con el cuerpo lesionado, estudios primarios completos, y pese a tener una larga trayectoria como obrero industrial sin calificación en trabajos temporarios y efectivos, no pudo volver a integrarse al mercado de trabajo formal. Se sumó en 2019 una cardiopatía crónica que requirió cirugías de alta complejidad y disminuyó su capacidad para realizar trabajos manuales que requieren fuerza física, y, en pandemia, una pancreatitis aguda por la que estuvo casi dos meses internado y con una larga recuperación en el hogar, que agravó su vulnerabilidad laboral y le dejó un cuerpo aún más debilitado. Siendo grupo de riesgo no trabajó durante el ASPO, al ser trabajador cuentapropia de subsistencia perdió los ingresos, y pese a haberse anotado para recibir el IFE, ni él ni su esposa tuvieron acceso a esta asistencia estatal. Al ser un hogar sin hijos menores tampoco son beneficiarios de algún programa de asistencia alimentaria. Atravesaron el primer año de la pandemia con la ayuda de las hijas, vecinos y un cura del barrio. Con 54 años, sin estudios y con su capacidad física de trabajo disminuida, cuando

lo entrevistamos en 2022 apostaba a poder acceder al beneficio de una pensión no contributiva por discapacidad. Este ingreso fijo, aunque muy bajo, le permitiría poder trabajar menos horas diarias, con un menor desgaste físico y también mental, por el estrés del tránsito en calles permanentemente cortadas por la obra pública municipal. Aunque restringe su área de circulación-no hace viajes a CABA ni al aeropuerto de Ezeiza— para no estresarse, dejar de autoexplotarse lo ayudaría a tener una vida “*medianamente normal*”:

Yo la pensión la pido porque yo no... digamos, una que no puedo trabajar por el tema, digamos, el médico me dijo que yo fuerza no puedo hacer, la fuerza que yo hacía en la fábrica no la puedo hacer. Entonces yo digo, yo a mi edad, primaria completa, sin secundario, tengo más de cincuenta años, cincuenta y cuatro. A mi edad, ¿dónde voy a trabajar? No puedo trabajar en ningún lado. Entonces, bueno, si se da se da, y si no se da, seguiré con lo mío rebuscándomela, pero yo voy en busca de esto. (...)La verdad que una terrible ayuda, para mí [la pensión]... Terrible en el sentido de que nosotros no somos grandes gastadores, solamente una vida normal. Aparte, como siempre digo, no soy jubilado, siempre a todos les digo lo mismo, pero a mi edad que tengo ya no estoy para hacer grandes cosas, solamente vivir medianamente bien la vida como cualquier persona.

Ya había pensado en la posibilidad de la pensión en 2019 cuando tuvo las intervenciones quirúrgicas, pero el contexto político era adverso porque durante la gestión macrista se recortaron las pensiones por discapacidad. Tras recuperarse de la pancreatitis volvió a su jornada de trabajo habitual que puede extenderse hasta doce horas, e incluye los fines de semana; sólo los domingos baja un poco el ritmo para poder descansar por la tarde. La autoexplotación para alcanzar un ingreso que le permita “sobrevivir” redundaba en pobreza temporal para el autocuidado, “*mi vida es así, es muy raro que no trabaje porque la necesidad te lleva a esto*”. Además de ser cardíaco es hipertenso y tiene problemas renales, por lo que tendría que caminar para contrarrestar el sedentarismo de su trabajo pero prioriza generar ingresos. El tiempo que estuvo parado durante la pandemia (también los estuvo la mujer hasta que abrió un pequeño kiosco en la vivienda con un préstamo familiar), lo dejó con deudas. Entonces sigue con el ritmo extenuante de trabajo y posterga las caminatas recomendadas por los médicos, “*uno prioriza la salud pero la plata calma los nervios por las deudas que uno tiene, por lo que hay que pagar en la casa*”.

Bibliografía

Amable, M., González Francese, R., Logvione, S., Reif, L. y Zelaschi, C. (2014). La precariedad como determinante de la salud. *VIII Jornadas de Sociología*. UNLP, La Plata.

Ballesteros, M.S. (2014). *Un análisis sobre las desigualdades en el acceso a los servicios de salud en la población adulta urbana de Argentina a partir de datos secundarios*. Buenos Aires: IIGG (UBA).

Ballesteros, M.S., Freidin, B. y Wilner, A. (2017) Esperar para ser atendido: barreras que impone el sistema sanitario y recursos que movilizan las mujeres de sectores populares para acelerar la resolución de las necesidades de salud. En Pecheny, M., Palumbo, M. (Eds.), *Las esperas en salud, dinero y amor*. Teseo Press.

Ballesteros, M.S., Freidin, B., Wilner, A. y Fernández-Rendina, L. (2020). Interseccionalidad en las desigualdades sociales para la realización de actividad física en Argentina. *Revista Ciencias de la Salud*, 18(1), 134-151.

Battistini, O. (2009). La precariedad como referencial identitario. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 8(2), 120-142.

Beccaria, L. A. (2003). Las vicisitudes del mercado laboral argentino luego de las reformas. *Boletín Informativo Techint*, 312, 80-107.

Benach, J., Vives, A., Amable, M., Vanroelen, C., Tarafa, G. y Muntaner, C. (2014). Precarious Employment: Understanding an Emerging Social Determinant of Health. *Annual Review of Public Health*, 35, 229–253.

Benza, G. (2016). La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013. En Kessler, G. (Comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp 111-141). Buenos Aires: Siglo XXI.

Dalle, P. (2012). Cambios recientes en la estratificación social en Argentina (2003-2011). Inflexiones y dinámicas emergentes de movilidad social. *Argumentos*, 14, 77-114.

Del Águila, A. (2017). Riesgo y género en las obras: el caso de los trabajadores de la construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina. *Revista Latinoamericana de Antropología del trabajo*, 1, 1-22.

Delmonte Allasia, A. (2018). Experiencias de trabajadoras y trabajadores en torno a la salud-enfermedad en el caso de una fábrica de confección indumentaria. Una lectura en clave de género. Cartografías del Sur. *Revista de Ciencias, Artes y Tecnología*, 7, 74-98.

Diez Roux, A.V. y Mair, C. (2010). Neighborhoods and health. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1186, 125-145.

Donza, E (2022). “Heterogeneidad de la estructura ocupacional y calidad del empleo”. En A. Salvia, S. Poy y J.L. Pla (comp.), *La sociedad argentina en la pospandemia*. Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO.

Donza, E., Poy, S. y Salvia, A. (2019). *Heterogeneidad y fragmentación del mercado de trabajo (2010-2018)*. Buenos Aires: Educa.

Dvoskin, N. (2022). Los ingresos reales en una economía inestable. *Voces en el Fenix*, 87, 70-74.

Elbert, R., Boniolo, P. y Dalle, P. (2022). *Trabajadores y trabajadoras en actividades claves durante la pandemia de Covid 19 en Argentina: precariedad, supervivencia y organización colectiva*. Buenos Aires: OIT.

Ernst, C. y López Mourelo, E. L. (2020). *El COVID-19 y el mundo del trabajo en Argentina: impacto y respuestas de política*. Buenos Aires: OIT.

Fieulane, N. y Apostolides, T. (2015). Precariousness as a Time Horizon: How Poverty and Social Insecurity Shape Individuals' Time Perspectives. En M. Stolarski et al. (eds.), *Time Perspective Theory Review, Research and Application* (213-228). New York: Springer. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-319-07368-2_14

Freidin, B., Ballesteros, M.S., Wilner, A. y Krause, M. (2022). El acceso a los servicios de salud durante el primer año de la Pandemia COVID-19: las experiencias y miradas de un equipo de salud público del primer nivel de atención. *Entramados y Perspectivas*, 12, en prensa.

Freidin, B., M. Krause, M. Ballesteros y A. Wilner (2022) "Trabajo precario y cuidado de la salud en varones de clase popular en el conurbano de Buenos Aires, Argentina", *Población y Salud en Mesoamérica*, 19: (2): 1-31.

Giraudó, E., Korinfeld, S. y Mendizábal, N. (2003). Trabajo y salud: un campo permanente de reflexión e intervención. En D. Dei y N. Menna (eds.), *Gestión con el personal. Una alternativa al concepto de Recursos Humanos*. Buenos Aires: Docencia.

González 2022. Trabajo informal, precario y no registrado. *Voces en el Fenix*, 87, 38-43.

Johnson, J. (2009). The Growing Imbalance: Class, Work, and Health in an Era of Increasing Inequality. En P. L. Schnall, M. Dobson y E. Roskam (eds.), *Unhealthy Work: Causes, Consequences, Cures*. New York: Baywood Publishing Company.

Jorrat, J.R., Fernández, M.D. y Marconi, E.H. (2008). Utilización y gasto en servicios de salud de los individuos en Argentina en 2005: comparaciones internacionales de diferenciales socio-económicos en salud. *Salud Colectiva*, 4, 57-76.

Lindemboim, J. (2022). Las tasas laborales en el marco de los ciclos en el siglo XXI. *Voces en el Fenix*, 87, 30-35.

Longo, J. y Busso, M. (2017). Precariedades. Sus heterogeneidades e implicancias en el empleo de los jóvenes en Argentina. *Revista Estudios del Trabajo*, 53, 1-27.

Manzanelli, P. y Basualdo, E. M. (2016). Régimen de acumulación durante el ciclo de gobiernos kirchneristas. Un balance preliminar a través de las nuevas evidencias empíricas de las cuentas nacionales. *Realidad Económica*, 304, 6-40.

Neffa, J.C., Olivieri, M. L., Persia, J. y Trucco, P. (2010). *La crisis de la relación salarial: naturaleza y significado de la informalidad, los trabajos, empleos precarios y los no registrados*. Buenos Aires: CEIL-PIETTE CONICET.

Pastrana, F. y Trajtemberg, D. (2020). *La negociación colectiva en tensión*. Bs As: FES.

Pol, M.A., Ledda, V. y Bagini, L. (2022). "Estructura ocupacional y calidad del empleo en las regiones urbanas". En A. Salvia, S. Poy y J.L. Pla (comp.), *La sociedad argentina en la pospandemia*. Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO.

Poy, S. (2022). La pobreza en agenda. *Voces en el Fenix*, 87, 82-87.

Poy y Pla (2022). "Coordenadas teórico-metodológicas para el estudio de las consecuencias sociales de la pandemia covid-19 en la Argentina". En A. Salvia, S. Poy y J.L. Pla (comp.), *La sociedad argentina en la pospandemia*. Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO.

Rodríguez Espínola, S. (2019). *La mirada en la persona como eje del desarrollo humano y la integración social. Deudas y desigualdades en la salud, los recursos psicosociales y el ejercicio ciudadano*. Buenos Aires: Educa.

Salvia, A., Brenlla, M.E. y Despierre, B. (2008). Desempleo, inestabilidad laboral y condiciones psicológicas. *REVISTA DE PSICOLOGIA*, (4-8), 97-112.

Salvia, A., Fachal, M.N. y Robles, R. (2018). "Estructura social del trabajo". En J.I. Piovani y A. Salvia (coord.) *La Argentina del Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sorensen, G., Dennerlein, J.T., Peters, S. E., Sabbath, E. L., Kelly, E. L., Wagner, G. R. (2021). The future of research on work, safety, health and wellbeing: A guiding conceptual framework. *Social Science & Medicine*, 269.

Standing, G. (2011). *The precariat: the new dangerous class*. Londres: Bloomsbury Academic.

Strazdins, L., Welsh J., Korda, R., Broom, D. y Paolucci, F. (2015). Not all hours are equal: could time be a social determinant of health? *Sociology of Health & Illness*, 38 (1), 21-42. DOI: <https://doi.org/10.1111/1467-9566.12300>

Venn, D. y Strazdins, L. (2016) Your money or your time? How both types of scarcity matter to physical activity and healthy eating. *Social Science & Medicine*, 172, 98-106. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2016.10.023>

Whittle, H. J., Leddy, A. M., Shieh, J., Tien, P. C., Ofotokun, I., Adimora, A. A., Turan, J. M., Frongillo, E. A., Turan, B. y Weiser, S. D. (2020). Precarity and health: Theorizing the intersection of multiple material-need insecurities, stigma, and illness among women in the United States. *Social Science & Medicine*, 245, 112683, 1-11.

Willson, A. E., Shuey, K. M., y Elder, G. H. (2007) Cumulative Advantage Processes as Mechanisms of Inequality in Life Course Health. *American Journal of Sociology*, 112(6), 1886-1924. DOI: <https://doi.org/10.1086/512712>

Wilkis, A. (2014). Sobre el capital moral. *Papeles de trabajo*, 8(13), 164-186.